

## SALAS MUNICIPALES DE ARTE

(lado de la Alameda)

SAN SEBASTIAN

Por JOSE ALFONSO

## EXPOSICION

## JOSÉ PEREZGIL

Medalla de Oro

DEL 2 AL 14 DE AGOSTO DE 1964

# El pintor J. Pérezgil

Por JOSE ALFONSO

NO voy a descubrir, a estas alturas, el Mediterráneo de Pérezgil, de sobra conocido por todos. Pero sí que voy a hacer hincapié en una cosa: en la modestia, en la simpatía, en la campechanía avasalladoras de este laureado pintor alicantino-caudetano. A lo largo de mi vida he tratado personalmente a muchas gentes de saber y valer—Unamuno, Blasco Ibáñez, Miró, Azorín, Valle Inclán, etc.—, todos se mostraron conmigo sencillos, íntimos y cordiales. Como también he tratado a personas de otro «temperamento», he venido a sacar a la postre una consecuencia definitiva: únicamente presumen los tontos, los engreídos, porque están inmersos en su propia oquedad mental.

Hay muchos hombres con exteriores de cinemascopé —todo fachada y atuendo, escenografía— pero sus cerebros son parameras. Yo los soslayo asépticamente porque me fastidia hasta el culmen su cretinidad ambulante. ¿A quién engañarán estos lilailas?

Pérezgil, rezumando simpatía y cordialidad, está en la línea de los que valen, de los «sólidos». La obtención de Primeras Medallas y de Primeros Premios en concursos nacionales de máxima envergadura, y sus triunfos constantes en exposiciones pictóricas por nuestras geografías, o por el extranjero, no han variado lo más mínimo su idiosincrasia. Sigue tan sencillo y cordial como siempre.

Desde hace algunos años, que me honro con la amistad íntima de Pérezgil. No conocía aún ninguno de sus bellos lienzos. Un día me extasié ante uno de sus cuadros que representaba un «efecto de sol» sobre los arrabales del Castillo de Alicante. Era tal la crudeza, la viveza del color, que, así como Ortega dijo de Miró que había que leerlo con la mano en los ojos —a manera de pantalla— por la deslumbrante luminosidad de su prosa, al cuadro de Pérezgil había que contemplarlo con los ojos entornados. Permanecí varios minutos deleitándome ante la magnífica tela. ¡Aquello era para uno una fiesta óptica inigualable! Desde entonces he seguido paso a paso la maravillosa producción de Pérezgil, cada día acrecida con más finas calidades. Asombra pensar, por su aptitud, vocación y sensibilidad, a dónde llegará este devoto del pincel que pisa ya unos terrenos tan firmes.

Hace poco tiempo estuvo en Monóvar. Ibamos los dos por el antiguo barrio moruno—tan pintoresco— de la Golegia. Y me decía, encantado ante el paisaje:

—No tengo más remedio que comprarme una cueva de estos arrabales y venirme aquí a pintar con calma. Sorolla se hubiera vuelto loco ante este panorama, tan original y maravilloso, por la orgía de colores.

Pérezgil, trazó en un día dos cuadros estupendos. Hombre dinámico, seguro, cuando se embala en un tema, realiza con prontitud su labor. Aprovechando estos días pascuales, ha vuelto a Monóvar. Es un enamorado del barrio de la

Golegia. Cuando escribo estas líneas ha comenzado un lienzo monumental, una panorámica de la Golegia que rematarán las pinceladas azules del «tigre tumbado», como le llamo yo, metafóricamente, a la Sierra del Cid.

Pérezgil, va realizando su obra, tan notable ya. Sin concesiones a las capillitas y los clanes de los «superdotados», equipos de camelistas en un buen porcentaje. No se agarra a las piruetas de moda, a los «ismos» de la última hornada, a esos «ismos» que, según Solana, no constituyen más que posturas de bailarinas de las que no tienen una línea fija en el Arte. «Pinta mal y acertarás», dijo con zumba el maestro Azorín, en uno de sus últimos artículos, viendo tanto logogrifo, tanto mamarracho y tanta dislocación en torno. Pérezgil, consciente de su responsabilidad, tiene en el Arte de la pintura una línea fija, determinada. Él va a «la obra bien hecha» que con tanta insistencia pedía don Eugenio d'Ors. Y lo consigue cada vez que termina un cuadro. Aquí radica su orgullo y su triunfo.

Como buen alicantino cultiva en su arte «la sencillez de estos paisajes y la claridad de estos cielos», un programa o lección de estética que nos legó un día el maestro Azorín a un grupo de escritores, entre los que me contaba yo. Claridad y sencillez de estas queridas geografías, que son la divisa de la gloriosa obra del Maestro. Claridad y sencillez que uno tiene por norte en sus escritos. Claridad y sencillez que Pérezgil, también lleva como horma a sus telas. Porque si el artista, sea poeta o pintor, no expresa su mensaje con claridad, caerá de lleno en la nebulosa y el jeroglífico. El camelo, el crucigrama pictórico o literario, se halla a mano de todos los impotentes. Y a uno, revacunado y recauchutado, a estas alturas, no le tantea los bucles ningún malabarista.

En cambio en «la obra bien hecha» d'orsiana está el quid. Pero está sólo accesible a los espíritus privilegiados, entre los que el de Pérezgil cuenta. Lo demás, los «ismos» a la «dernier», las posturas de moda, las acrobacias circenses y los camelos, con el pincel o con la pluma, no son más que pirotecnia o... tomadura de adimentos capilares.

Ahora expondrá parte de sus obras en esta ciudad de San Sebastián (durante su Semana Grande), donde este artista pinta con frecuencia, y será un regalo para los ojos y el espíritu de los donostiarras.

dejar. Cuando escribo estas líneas ha comenzado un finazo monumental, una  
conformación de la Galicia que temerán los pintados azules del «lago» tam-  
bos, como se llama ya, metafóricamente, a la Sierra del Cib.

Farejil, va realizando su obra, tan notable ya, sin concesiones a los ca-  
pítulos y los clases de los «unidades», equios de cometas en un buen por-  
centaje. No se agota a las pinturas de moda, a los esteros de la última hora,  
a esos esteros que, según Solana, no constituyen más que posturas de ballarinas  
de los que no tienen una línea fija en el Arte. «Pinta mal y acortas», dijo con  
zumo el maestro Azaña, en uno de sus últimos artículos, viendo tanto logorrio,  
tanto mamotacho y tanta distorsión en torno. Farejil, consciente de su respon-  
sabilidad, tiene en el Arte de la pintura una línea fija, determinada. Él va a tra-  
ducir bien hechos que con tanta insistencia pedía don Eugenio d'Or. Y lo consigue  
cada vez que termina un cuadro. Aquí radica su orgullo y su triunfo.

Como buen aficionado cultivado en su arte, él sabe de estos paisajes y lo  
claridad de estas cosas, un programa o lección de estética que nos legó un día el  
maestro Azaña a un grupo de escritores, entre los que me contaba yo. Claridad y  
sencillez le estas cuestiones geográficas que son la divisa de la gloria. «En del  
Maestro. Claridad y sencillez que uno tiene por norte en sus escritos. Claridad y  
sencillez que Farejil, también, lleva como palma a sus letras. Porque si el artista  
sea poeta o pintor, no expresa su mensaje con claridad, con él, en la nebu-  
lota y el jergolillo. El cometa, el crucigrama pictórico o literario, se halla a mano  
de todos los impetores. Y a uno, revocando y recordando, a estas alturas, no  
le valen los bucles ni los malditos.

En cambio en la obra bien hecha, «origina este el día. Pero está sólo  
accesible a los escritores privilegiados, entre los que el de Farejil cuenta. La claridad,  
los temas o la «forma», las posturas de moda, las octodécimas circenses y las  
cometas, con el pincel o con la pluma, no son más que pinturas o... temerarios de  
alimentos capibares.

Alguno exponerá parte de sus obras en esta ciudad de San Sebastián (bu-  
ente su semana Grande), donde está unida a una gran frecuencia, y será un regalo  
para los ojos y el espíritu de los donostianos.